

X MANUEL CABEZA DE VACA

X LA LECTURA DE LA BIBLIA



Los más de nosotros hemos conocido la Biblia por el estudio compendiado que de ella solía hacerse en las aulas escolares, bajo el nombre de Historia Sagrada. Terminada la educación primaria, no sabíamos de este libro sino por las citas y referencias que de alguna parte de él, de ordinario, se hace en los sermones religiosos, para ilustrar o explicar cuestiones doctrinales. El estudio de este libro no ha formado parte de los programas universitarios, pues sólo los que abrazan la carrera eclesiástica están familiarizados con su contenido y desarrollo.

La Biblia ha sido fuente de inspiración para los grandes literatos, y es, según la expresión de Renán, el libro consolador de la humanidad. No es imposible, añade el mismo autor que fatigado de las bancarrotas repetidas del liberalismo, el mundo se vuelva una vez más judío y cristiano, siendo conveniente que para entonces se haya hecho la historia desinteresada de estas grandes cosas, porque el período de los estudios imparciales sobre el pasado de la humanidad no será, puede decirse, muy largo. El gusto de la historia es el más aristocrático de los gustos; corre peligros.

*

*

*

Me imagino que puede proponerse la siguiente interrogación: ¿Cómo una persona sin ser un teólogo ni un estudiante de Teología puede atreverse a tratar de esta materia?

Para un espíritu filosófico, es decir para un espíritu que se preocupe de los orígenes, hay en el pasado de la humanidad tres historias de capital interés: la historia griega, la historia de Israel y la historia Romana. La Grecia ha fun-

dado, en toda la extensión del término, el humanismo racional y progresivo. Nuestra ciencia, nuestro arte, nuestra literatura, nuestra filosofía, nuestra moral, nuestra política son de origen griego. Pero la Grecia tuvo en el círculo de su actividad intelectual y moral una laguna: el desprecio a los humildes: no experimentó la necesidad de un Dios Justo y no tuvo la idea de una religión universal. El genio ardiente de una tribu establecida en una esquina de la Siria, vino a suplir esta falta del espíritu helénico. Israel no se conformaba con la idea de un mundo mal gobernado, bajo el Gobierno de un Dios de Justicia. Sus sabios y profetas tenían accesos de cólera ante los abusos que presenciaban en el mundo. Fanáticos de la justicia social proclamaban que si el mundo no es justo o susceptible de llegar a serlo, era mejor que fuera destruido. Una Filosofía desesperada, pero que puede conducir a la heroicidad moral. Por Jesús, los Apóstoles y la segunda generación cristiana se establece una religión, salida del Judaísmo que se impondrá a las razas más importantes de la humanidad. El Cristianismo constituye el elemento vital de la Civilización y mantendrá permanentemente la influencia Bíblica.

Las grandes creaciones de la Grecia y la Judea no habrían, solas, conquistado el mundo, era necesario que el mundo, para aceptar el helenismo y el Cristianismo, como elemento universal en la existencia, dispusiera de una fuerza capaz de abatir los obstáculos que los patriotismos locales oponían a las divulgaciones idealistas de Grecia y la Judea. Roma ha tenido este papel extraordinario. Por los prodigios de su virtud cívica ha creado la fuerza que ha servido para propagar la obra griega y la obra judía, es decir la Civilización.

Cuando hemos oído hablar de este libro —la Biblia—, pensábamos que fue escrito de una sola vez, bajo la inspiración divina. El origen etimológico de la palabra, despierta una idea diversa. La palabra Biblia en su origen griego, tiene significado plural, libros, expresando correctamente el hecho de que las Sagradas Escrituras del Cristianismo se forman de un número de documentos independientes, que exponen ante nosotros el gradual desenvolvimiento de la religión revelada. El origen de cada uno de estos documentos, constituye un problema crítico independiente.

El presente estudio se propone dar un vistazo general a las condiciones históricas y literarias bajo las cuales se

desenvolvieron el Antiguo y el Nuevo Testamento y la manera como los Libros bíblicos se constituyeron en una colección canónica que se transmite de edad en edad.

La Biblia originalmente no era un solo libro, pero a medida que crecía su canon, llegó a ser una biblioteca de libros y folletos. La idea general de la Biblia como un solo libro es más bien moderna; aun cuando se juntó, en forma de Códice, durante el segundo siglo después de Cristo. En el período anterior a Cristo, la religión de la revelación se representa como un convenio entre Dios y el pueblo hebreo. De acuerdo con ello y en alusión a Jeremías, Jesús habla de la nueva ley fundada en su muerte y en un nuevo convenio. De allí que, desde el segundo siglo de nuestra era las grandes divisiones de la Biblia son conocidas como los Libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, respectivamente.



Antiguo testamento — Lucha y progreso de la religión espiritual. Sacerdotes, profetas, etc.

La Edad precristiana de la Religión Bíblica muestra un período de productividad religiosa y otro de adormecimiento y principalmente dedicado a conservar las antiguas tradiciones. El período de productividad es también un período de discusión durante el cual los principios espirituales de la religión revelada se hallan empeñados en una continua lucha con la idolatría de naturaleza politeísta, de un lado, y de otro con una no espiritual concepción de Jehová como de un Dios cuyo interés por Israel y el cuidado de su Santuario eran independientes de condiciones morales. En esta larga lucha que principió con la fundación de la teocracia en el trabajo de Moisés y no termina en victoria decisiva hasta el tiempo de Ezra, la fe espiritual fue compelida a demostrar constantes poderes de nuevos desenvolvimientos, poniendo en forma clara los latentes contrastes entre la verdadera y la falsa religión, demostrándose más a propósito que ninguna otra creencia para atender a las necesidades religiosas del pueblo, y sobre todo, encontrando su evidencia en la larga historia providencial en la cual desde la liberación que significa el Exodo hasta la cautividad y la restauración, la realidad del reinado de Jehová sobre

Israel, de su amor redentor y de su gobierno moral fueron establecidas por las más indisputables pruebas. Como fue solamente la liberación de Egipto y el convenio del Sinaí que ató a las tribus hebreas en unidad nacional, la adoración de Jehová fue siempre reconocida como la religión nacional de Israel. Pero desde Josué hasta Samuel, el sentimiento nacional fue más débil que el celo tribal; y en la política desintegración del pueblo, la religión de Jehová parecía próxima a perderse en las supersticiones locales.


*

*

*

Sacerdotes y Profetas.— Durante este período el principal centro del monoteísmo fue el Santuario y los sacerdotes de El Arca; y fue del círculo sacerdotal que Samuel se alzó para reconstituír la nación, llamándola a la religión de Jehová y así preparar el camino para la edad espléndida de David y Salomón. Pero aunque Samuel fue por educación un sacerdote, no fue como sacerdote sino como profeta que cumplió y realizó su obra. En todas las edades el sacerdocio conserva, pero no crea; y era sólo con un poder expansivo y creador que podía vivir una religión espiritual no desenvuelta. Al paso que la función del sacerdote era la de perseverar fielmente las tradiciones religiosas reconocidas como verdaderas y venerables, la característica del profeta es una facultad de intuición espiritual, no ganada por la razón humana sino venida al profeta como la palabra del mismo Dios, por medio de la cual él aprehende la verdad religiosa en una nueva luz, en una forma que no se manifiesta a los demás hombres, sobre las necesidades y las queman-tes cuestiones del presente. De distinto modo de lo que ocurre con el sacerdocio, el profetismo no constituye una corporación regular. Fue un axioma que el don de la profecía fue dado por un interior e inmediato llamamiento de Jehová. Desde el tiempo de Samuel, encontramos una sucesión regular de profetas actuando sobre los problemas espirituales de la fe nacional con creciente claridad y reuniendo a su derredor algunas veces en comunidades regularmente formadas, círculos de discípulos, las cuales aunque jamás numéricamente considerables, abrazan los nombres de David y otros dirigentes de la historia hebrea que imprimieron el sello de la influencia profética, en todo ca-

pítulo de la vida nacional. Desde este momento los sacerdotes ocupan un segundo puesto en la historia de la religión del Antiguo Testamento. A veces aun aparecen como oponentes del partido profético, cuyas ideas progresivas no concuerdan con su natural conservatismo y sus instintos aristocráticos. Pero en conjunto, los más inteligentes Ministros del Santuario central, continúan participando con los profetas en la tarea de levantar la tradición religiosa y no pocas veces ambos caracteres se unían en una misma persona. De hecho sólo por medio de los sacerdotes, las ideas de los profetas pudieron recibir sanción pública en las ordenanzas de la religión como sólo al través de conductores como David, Ezequiel o Jehu es que ellos pudieron influenciar la conducción política de los asuntos.



Falsos mirajes de la profecía.— Una penetración profunda del trabajo del partido profético volviéndose difícil por los prejuicios tradicionales. Por una parte adquirió una influencia indebida del elemento predictivo de la profecía y se minimizó la atención sobre la influencia de los profetas en la vida religiosa de su propio tiempo; mientras, de otra parte, se estableció, de acuerdo con las nociones judías, que todas las ordenanzas y las doctrinas de la Iglesia Judía en el período postcanónico existieron desde los primeros días de la teocracia. Por lo tanto, los profetas fueron considerados, en parte, como predicadores inspirados de viejas verdades y, en parte, como videntes de los acontecimientos futuros, pero no como conductores de un gran desenvolvimiento en el cual tanto las ordenanzas como las creencias religiosas del antiguo convenio avanzaran de una forma relativamente primitiva e imperfecta a otra forma madura y adecuada.

*
* *
*

Los profetas y la Ley.— La prueba de que el último punto de vista, y no la concepción tradicional, es el único conforme con la historia, depende de una variedad de argumentos que no pueden reproducirse aquí. Que las ideas

religiosas del Antiguo Testamento se hallaban en estado de crecimiento durante todo el período profético púsose de manifiesto tan luego como las leyes de la exégesis histórico gramatical fueron aplicadas a las Escrituras Hebreas. Menos rápidamente se admitió que las ordenanzas sagradas estaban sujetas a variación, porque ello implicaba un cambio de vista en cuanto a la autoridad del Pentateuco; pero aquí también los hechos son decisivos. Por ejemplo, la ley en el Exodo contempla el culto de Jehová en otros altares que los del Santuario Central. Esta práctica fue seguida por Samuel y completamente aprobada por Elijah. El culto de Jehová en los Santuarios locales fue constantemente expuesto a la corrupción supersticiosa y a la mezcla de idolatría y es frecuentemente atacado por los profetas del siglo VIII. Indudablemente, bajo su influencia, Hezekiah abolió los santuarios locales. La abolición no fue permanente; pero en el reino de Josiah, el siguiente rey reformador, encontramos que el principio del santuario único cuenta con el apoyo no sólo de las enseñanzas proféticas sino del libro de ley encontrado en el templo y reconocido por el alto sacerdote. La legislación de este libro se armoniza no con la vieja ley del Exodo sino con el libro del Deuteronomio. Pero quizás la más clara prueba de que durante el período de la inspiración profética no hubo doctrina de finalidad con respecto a la ley ritual ni con respecto a las ideas y doctrinas religiosas se halla en los últimos capítulos de Ezekiel los cuales esbozan en la era de la cautividad un resumen de las ordenanzas sagradas para la futura restauración. De estos y similares hechos se sigue indiscutiblemente que la verdadera y espiritual religión que los profetas y sacerdotes de mente similar mantuvieron contra la idolatría y contra el culto de Jehová como mera deidad nacional, sin atributos morales, fue no un acabado sino un creciente sistema, no incorporado en documentos sino propagado principalmente por directos esfuerzos personales. Al propio tiempo estos esfuerzos fueron acompañados y apoyados por el gradual nacimiento de una literatura sagrada.

*

*

*

Levantamiento de la Literatura Sagrada.— Aunque las ordenanzas sacerdotales fueron principalmente publica-

das por decisiones orales de los sacerdotes, lo cual es, de hecho, lo que es usualmente conocido por la palabra ley en escritos anteriores a la Cautividad, no hay duda razonable de que los sacerdotes poseían colecciones legales escritas desde el tiempo de Moisés, para atrás. De nuevo, el ejemplo de Ezequiel y el hecho de que el libro de la ley encontrado en tiempo de Josías contenía provisiones que no eran hasta ese tiempo reconocidas como una parte de la ley de la tierra, hace probable que las provisiones legales que los profetas y sus aliados sacerdotales creían necesarias para el mantenimiento de la verdad, fueron frecuentemente incorporadas en programas legislativos por las cuales la tradición legal anterior fue gradualmente modificada. Entonces los profetas, especialmente cuando fracasaron en producir inmediata reforma, principiaron desde el siglo VIII sino antes a poner sus oráculos por escrito; y estas profecías escritas —circulando ampliamente en una nación que había alcanzado un alto grado de cultura literaria frecuentemente citada por videntes posteriores— diseminó la enseñanza profética en forma permanente. Antes de este tiempo la música y la canción habían sido practicadas en el círculo profético de Samuel y fueron introducidas en tiempo de David en el servicio del Santuario. Otro vehículo importante de instrucción religiosa fue la historia escrita de la nación, la cual no podía menos de exponerse en espíritu teocrático en el cual tenía su raíz todo elevado patriotismo hebreo. Y en verdad la difusión literaria de las ideas espirituales no fue confinada al esfuerzo directo de sacerdotes y profetas.

*

* *

Religión Popular.— Sin embargo del carácter tosco y materialista de la masa del pueblo, las más nobles tradiciones de la vida nacional estaban entretejidas con convicciones religiosas y la manera como un profeta cual Amos pudo levantarse sin preparación de entre la multitud selvática de Judah demuestra cuán profunda y pura corriente de fe espiritual fluía de los individuos pensantes de la gente común. La misma Profecía, desde cierto punto de vista, puede mirarse simplemente como brillante florecencia del elemento laico en la religión de Israel, del mismo elemento

que en forma subjetiva se halla al fondo de los Salmos y en forma menos altamente desenvuelta matiza los proverbios y la literatura popular de la Nación; porque en la organización hebrea, la literatura popular no había llegado todavía a representar los más íntimos impulsos de la vida nacional.

*

*

*

Clausura del antiguo testamento.— Desenvolvimiento - Formación del Canon.— La lucha entre la religión espiritual y la no espiritual llegó a su crisis cuando se cumplieron las predicciones proféticas relativas al juicio del pecado nacional con la caída del Reino de Judah. La adoración meramente política de Jehovah como dios tutelar del estado fue reducida al absurdo. La fe en el Convenio con Dios fue imposible, a menos de basarla en los principios de la creencia espiritual. Ni la restauración por Cyro cambió este resultado. Ningún futuro político se mostraba antes del retorno de los desterrados y la continuada confianza en los destinos de la raza era inseparable de las ideas religiosas y de las esperanzas mesiánicas de los profetas. Obedecer la ley de Jehovah y esperar pacientemente la venida del Liberador fue la única vocación distintiva de la comunidad que se reunió en la nueva Jerusalén; y después de un período de infortunio y fracaso, en el cual parecía que toda la nación estaba próxima a un colapso de desesperación, esta vocación fue claramente reconocida e incorporada en permanentes instituciones con la reforma de Ezra y Nehemiah (445 a.c.)

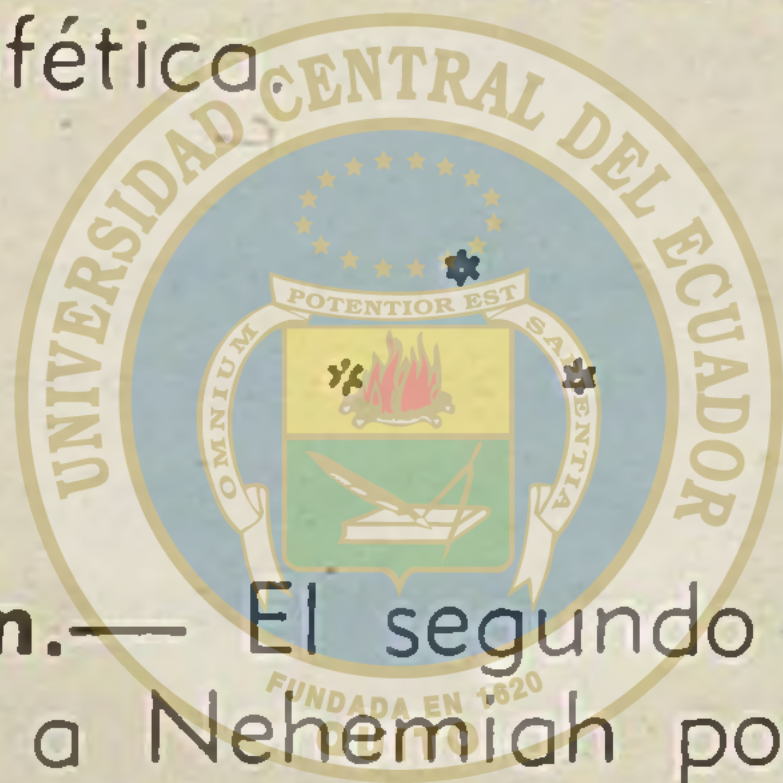
*

*

*

Reforma y el libro de la ley de Ezra.— Pero con esta victoria, la religión espiritual entró en un período estacionario. El espíritu de la Profecía, largo tiempo decadente, expiró con Malachi, el más joven contemporáneo de Nehemiah y todo el interés de la nación, desde este tiempo en adelante, fue simplemente preservar la herencia sagrada del pasado. El Exilio había de tal manera roto toda la continuidad de la vida nacional, que esta herencia podía sólo buscarse en los monumentos sobrevivientes de la lite-

ratura sagrada. A ellos más que a la expirante voz de la profecía, tomaron por guía los fundadores de la nueva teocracia. Los libros que habían sostenido la fe de los desterrados, cuando estaban faltando todas las ordenanzas de la religión eran también los maestros más adecuados de la restaurada comunidad. Los reformadores anteriores habían sido hombres de Estado o profetas. Ezra es un Escriba que viene a Jerusalén armado no con un nuevo mensaje del Señor sino con el Libro de la Ley de Moisés. Este libro fue el Pentateuco y su público reconocimiento como la ley de la teocracia constituyó una declaración de que las ordenanzas religiosas de Israel habían cesado de admitir desenvolvimientos y fue el primer paso hacia la sustitución de un canon o colección de escrituras autorizadas como guía viviente de la voz profética.



Segundo Canon.— El segundo paso en la misma dirección se adscribe a Nehemiah por una tradición intrínsecamente probable aun cuando no de gran autoridad externa. El, se dice, coleccionó una librería la cual además de los documentos de importancia temporal, abrazaba los libros acerca de los reyes y los profetas, y los escritos de David. Ciertamente un cuerpo completo de los restos de los profetas con una narración auténtica de la historia concerniente al período de su actividad, debió haberse juzgado apenas segundo en importancia a la Ley, y así puede suponerse que Nehemiah ha principiado la colección que ahora forma la segunda parte de la Biblia Hebrea, abrazando bajo el título general de Los Profetas los libros históricos de Josua, Los Jueces, Samuel, Los Reyes (primeros profetas y los cuatro libros proféticos de Isaías, Jeremías, Ezequiel y los doce profetas menores. (Profetas posteriores).



Tercer Canon.— La mención de los escritores de David implica que Nehemiah también principió la formación de la tercera y última parte del Canon Hebreo el cual comprende bajo el título de Ketubin (Escrituras, Hagiographa)

Los Salmos, Los Proverbios, Job, Los cinco Megillot o rollos (Cánticos, Ruth, Lamentaciones, Eclesiastés, Esther y finalmente Daniel, Ezra, Nehemiah y las crónicas. Es cierto sin embargo que esta parte de la colección no se completó hasta mucho tiempo después del tiempo de Nehemiah, porque sin decir nada acerca de las disputas relativas a las fechas del Eclesiastés y Daniel, el libro de las crónicas contiene genealogías que van al menos hasta la terminación del período persa. El carácter misceláneo del Ketubin parece en efecto demostrar que después de la Ley y Los Profetas se clausuraron, la tercera parte del Canon fue abierta para recibir adiciones recomendadas o por su valor religioso e histórico o porque llevaban un antiguo y venerable nombre. Y esto fue lo más natural porque la Hagiographia no tenía el mismo lugar en el servicio de la Sinagoga que el acordado a la Ley y a los profetas.

Clausura del Canon.— El tiempo y la manera en la cual la colección fue absolutamente cerrada, es obscuro. La división tripartita de los escritos sagrados es mencionada en el prólogo a la Sabiduría de Sirach (Eclesiastés) alrededor de 130 años antes de Cristo, pero la tradición judía indica que la completa canonicidad de muchos libros no estuvo libre de duda hasta el tiempo del famoso R Akiba quien pereció en la gran lucha nacional de los judíos con el Emperador Hadriano.

*

* *

La Literatura del Antiguo Testamento se forma de escritos históricos, poético-didácticos y proféticos.

Libros históricos.— Estos forman dos series paralelas de la Historia Sagrada. Los Libros del Génesis a los Reyes nos dan la historia continua desde la creación hasta la caída del Reino de Judah. El Libro de las Crónicas cubre el mismo campo en un plan más estrecho. El Pentateuco y los llamados primeros profetas forman juntos una continua narración. Es obvio sin embargo concluir que toda la obra no es la producción uniforme de una sola pluma sino que una variedad de documentos de diferentes edades y estilos han sido combinados para una sola narración. La tradición judía mantiene que Moisés escribió el Pentateuco, Josué el libro que lleva su nombre, Samuel, el de los Jueces y así

en adelante. Como toda la historia Hebrea es anónima —una prueba segura de que el pueblo no daba mucho peso a las cuestiones de autor— sostiene que es probable que esta tradición no descansa en otro cimiento que la conjetura y, por supuesto, un Escriba que vio en los libros sagrados todo el contenido de la historia de Israel, llega naturalmente a la conclusión de que el padre de la Ley fue autor del Pentateuco y que los otros conductores de la historia de Israel no podrían ser sino los escritores de gran parte de las Escrituras. Un examen más cuidadoso de los libros en sí mismos muestra que el actual estado de la cuestión no es muy sencillo. En primer lugar, los límites de los libros individuales no coinciden ciertamente con los límites de la intervención de su autor. El Pentateuco, como libro de ley, es completo sin Josué; pero como historia, está planeado de tal modo que el último libro es su necesario complemento. En verdad, un autor que escribió después de la ocupación de Canaan, jamás pudo haber trazado una historia que relatara todas las promesas de Dios a Israel y no decir nada de su cumplimiento. Pero en su presente forma el Pentateuco es de cierto posterior a la ocupación porque usa nombres geográficos que vinieron después de este tiempo y refiérese a la conquista como realizada y aun presupone la existencia del reino de Israel. Y con esto concuerda que aunque hay marcadas diferencias de estilo y de lenguaje dentro del libro de Josué, cada estilo encuentra su correlación en alguna sección del Pentateuco. En los libros subsiguientes encontramos fenómenos semejantes. El último capítulo de los Jueces no puede separarse del libro de Samuel y los primeros capítulos de los Reyes hacen unidad con la narración siguiente; mientras los tres libros contienen pasajes semejantes a partes del Pentateuco y de Josué. Tal cosa prueba no sólo la futilidad de toda tentativa de buscar un autor individual en la presente división de los libros pero sugiere que la historia como la tenemos no es una narración llevada de edad en edad por sucesivas adiciones sino la fusión de diversas narraciones que en parte cubren el mismo campo y han sido combinadas dentro de una unidad por el Editor.

Esta opinión se comprueba con el hecho de que aún ahora, como se encuentra la historia, muchas veces da más de una narración del mismo acontecimiento y de que el Pentateuco, frecuentemente, da diversas leyes sobre el mismo asunto. De lo último hemos tenido ya un ejemplo, pero para

nuestro presente argumento el punto principal no es la diversidad de ordenanzas, la cual con frecuencia es sólo aparente, sino la existencia dentro del Pentateuco de distintos grupos de leyes, tratando los mismos tópicos. Así la legislación del Exodo XX-XXIII es en parte repetida en el XXXIV y sobre la pascua y la fiesta del pan sin levadura tenemos a lo menos seis leyes, las cuales si no realmente discordantes son al menos tan divergentes en forma y en concepción que no pueden provenir de la misma pluma.



Narración sacerdotal, profética y popular.— Debe recordarse que tres corrientes de influencias discurren al través del desenvolvimiento del Antiguo Testamento, —la tradicional de los sacerdotes, la enseñanza de los profetas y la vida religiosa de la parte más esclarecida del pueblo. Ahora en las tres secciones principales de la primitiva historia encontramos la correlación de cada una de ellas. La Elohista narración sacerdotal, la profética delineación Jehovista y la más pintoresca y popular historia del tercer narrador, incorpora y unifica las tres tendencias, las cuales no son meramente personales sino nacionales, que aparecen constantemente en otras partes de la Literatura Hebrea. Hasta el libro de Josué las tres discurren lado a lado. Pero el interés sacerdotal encontró poco campo en la historia subsiguiente, y desde el tiempo de los Jueces, generalmente sólo podemos distinguir secciones marcadas por el pragmatismo profético y otras que aun cuando distintamente religiosas y aun teocráticas, son, por decirlo así, escritas desde el punto de vista del hombre de la ley. Lo último comprende una gran parte de los Jueces y de Samuel, tanto como el principio de Los Reyes. Para la mente moderna esta parte de la narración, que es rica en color y detalle, es la más interesante y es con pena que pasamos del I al XI de Los Reyes a una división de la historia por la cual las fuentes principales —citadas como las Crónicas de los Reyes de Israel y de Judah, respectivamente— tratan casi exclusivamente de la vida política externa de la Nación. En ostensible contraste con la uniformidad de estas narraciones se hallan entremezcladas las historias de Elijah y otros profetas del Norte. Estas historias son muy notables en estilo y aun en lengua-

je y, conteniendo algunos de los más nobles pasajes del Antiguo Testamento, forman una de las muchas pruebas del excepcional genio literario del reino de Efraín. Pero cómo estas varias narraciones se enlazan una con otra? Esta cuestión no es fácil de contestar. En general el tercer elemento o laico de la historia, parece hallarse cerca de los acontecimientos narrados y aún quizás formar la base directa de la materia profética; mientras ocasionalmente viejas listas de nombres y lugares, piezas histórico-poéticas y otras semejantes, forman el cimiento más profundo en la historia. Si las mismas manos o solamente las mismas tendencias como aparecen en las partes no levíticas del Génesis son las que corren hasta el libro de Los Reyes es una cuestión que aun cuando contestada afirmativamente por Shrader y otros, no puede considerarse decidida. Aun la fecha de estos elementos del Pentateuco es obscura, pero en el siglo VIII Hosea refiérese claramente a pasajes de los dos. Hay un aceptable acuerdo entre los críticos, pero la historia levítica o Eloística es objeto de violenta controversia la cual sin embargo se refiere principalmente al análisis de la parte legal del Pentateuco. Esta contiene otros elementos además de los ya enumerados, de los cuales sólo mencionaremos el breve Código que sigue al Decálogo en el Exodo y la gran repetición de la ley, en un espíritu profético, que ocupa la mayor parte del Deuteronomio. Ambos Códigos pueden llamarse populares en el tono. Constituyen preceptos no para los sacerdotes sino para todo el pueblo y el anterior es el bosquejo fundamental de toda la constitución teocrática a la cual el último desenvuelve y en cierta extensión altera. El libro del Deuteronomio presenta un distinto tipo de estilo el cual como se ha mencionado recurre de tiempo en tiempo a pasajes de los últimos libros y en tal forma como para sugerir a muchos críticos como Graf la idea de que la mano del Deuteronomio es la mano del último editor de toda la historia, desde el Génesis hasta Los Reyes o al menos de las partes no levíticas de ella. Esta conclusión no es exagerada porque mucho puede decirse en favor de la opinión de que el estilo del Deuteronomio, el cual es muy capaz de imitación, fue adoptado por escritores de diversos períodos. Pero aun así es muy difícil suponer que la parte legislativa del Deuteronomio es tan antigua como Moisés.

*

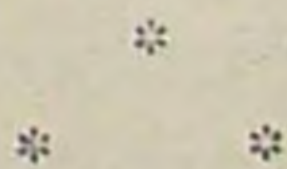
*

*

Fusión de los distintos elementos en una sola narración.— Y ahora una sola palabra acerca del modo como estos varios elementos, reflejando distintos aspectos de la vida nacional y viniendo de diversas épocas llegaron a fundirse en una sola historia y retuvieron tanto de su propia identidad. El genio semítico no se distingue por su dirección en el sentido de una estructura orgánica. En arquitectura, en poesía, en historia el hebreo añade parte sobre parte en lugar de desenvolver una sola noción. El templo fue la agregación de pequeñas células, el más largo de los salmos es un acróstico y así la más larga historia Bíblica es una estratificación y no un organismo. Este proceso se facilitó por el hábito de la escritura anónima y la omisión de acompañar una copia de lo que se hacía. Si un hombre copiaba un libro, estimaba de su criterio añadirlo y modificarlo como él quería, y no se creía en lo más mínimo obligado a distinguir el texto antiguo del nuevo. Si tenía dos libros a su alcance a los cuales él asignaba igual valor, tomaba grandes extractos de ambos y los armonizaba con las adiciones o modificaciones que estimaba necesarias. Pero en falta de este perspicaz sentido de unidad orgánica, poca armonía se buscó en la estructura interna aunque frecuentemente se mostraba gran destreza, como en el libro del Génesis en poner todo el material en un balanceado plan de arreglo externo. Bajo tales principios, las narraciones menores fundiéronse juntas una después de otra y al fin en el destierro un redactor final completó el gran trabajo en la primera parte del cual Ezra, basó su reforma mientras la última se puso en el segundo canon.

Libros Poéticos.— El origen de algunas importantes peculiaridades de la poesía hebrea se ha referido recientemente por los Asiriólogos a los modelos de Acadia; pero aun cuando esto pueda ser así, la llave para el desenvolvimiento de la literatura poética de Israel se encuentra en las características psicológicas de la raza, que están impresas en el vocabulario y en la estructura gramatical del lenguaje. La lengua hebrea es sensual, movible, apasionada, casi incapaz de expresar una idea abstracta o de pintar un todo complejo con reposo y simetría de partes pero a propósito para establecer con gran sutileza individual aspectos de la naturaleza o del sentimiento. Es el discurso de una nación cuyas percepciones naturalmente vivaces acompañan a un temperamento emocional y a una voluntad imperiosa la

cual subordina el conocimiento a la acción y al deseo y habitualmente contempla el Universo al través de los sentimientos personales o propósitos prácticos. Para hablar con los filósofos, el carácter hebreo es uno de predominante subjetividad, ansioso de reducir todo a una medida personal, pronto a asir todos los toques de sentimientos que actúan directamente en necesidades prácticas, capaz de intenso esfuerzo y porfiada persistencia donde el motivo de la acción es la afección personal, pero inadaptado a los mirajes teóricos y a la contemplación de las cosas como ellas son en sí mismas, aparte de su relación con el sujeto. En la poesía de una nación semejante, la corriente directora necesariamente debe ser lírica porque lírico es el vehículo natural de intenso e inmediato sentimiento personal. Los primitivos poemas hebreos son breves, expresión rebosante de una sola idea, llenos del fuego de la pasión, llenos también de una perspicaz penetración en la naturaleza con su poder para evocar o sostener la emoción humana; pero fijando este paisaje interior no con la plenitud pictórica del arte occidental sino en rápidos medios formados bosquejos, en metáforas colocadas sobre metáforas, sin tener en cuenta otro principio de proporción o verosimilitud que la armonía emocional de cada figura penetrada de un sentimiento dominante. Tal poesía no podía encontrar su más alta finalidad en el servicio de una religión espiritual. Los cantos en el Exodo XV y en los Jueces V prueban el temprano origen de una poesía teocrática; pero el propio período de la salmodia hebrea principia con David y su historia es prácticamente la historia del Salterio.



Puntos principales en la historia de la Lírica hebrea.—

Los Salmos. Aquí, como en el caso de los libros históricos, tenemos que principiar cuestionando la tradición contenida en los títulos, la cual atribuye setenta y tres salmos a David y, además de él, nombra como autores Asaph, los hijos de Korah, Salomón, Moisés, Heman, Ethan. No hay razón para creer que cualquier título sea tan antiguo como el salmo al que se le ha prefijado, y algunos títulos son ciertamente equivocados. De otro lado los títulos no son completamente arbitrarios. Suministran útiles vestigios relativos a las co-

lecciones de las cuales se había formado el presente salterio. Los salmos Korahitas y Asaphitas, probablemente se han derivado de colecciones que se hallaban en las manos de estas familias de cantores; y los llamados salmos de David provenían probablemente de colecciones que contenían poemas de David y otros cantores. La mayor parte de la lírica del Antiguo Testamento permanece anónima y solamente podemos reunir los salmos en amplias cantidades, distinguiéndolos por la diversidad de situaciones históricas y por los varios grados de frescura y personalidad. Por punto general los salmos más antiguos son personales al extremo, no son escritos para la congregación sino que fluyen de una creciente necesidad de la vida espiritual individual. La corriente de la producción salmódica viene ostensiblemente desde David hasta el destierro, perdiendo en el curso de los siglos algo de su original frescura y fuego pero ganando una ternura más casta y una más amplia perspectiva de simpatía espiritual.

Paralelismo o sentido rítmico.— Al través de todo el período de la lírica hebrea representada no solamente por el Salterio sino por las Lamentaciones, tradicionalmente adscritas a Jeremías, por las varias piezas escritas de los profetas y de los libros históricos hay poco cambio en la forma y en la estructura poética. Del principio al fin el ritmo consiste no en un levantar y caer del acento o cantidad de sílabas sino en una pulsación del sentido, elevándose y descendiendo a través del paralelo, de la antítesis o de otra forma de los balanceados miembros de cada verso. Más allá de esta ley de ritmo la cual es menos una regla artificial que una natural expresión del principio de que toda emisión poética debe proceder en armoniosa ondulación y no en el espasmo de una pasión desorbitada, el poeta hebreo no estaba sujeto a un Código de Arte aun cuando arreglos por estrofas no son desconocidos. Un más amplio campo de poder artístico aparece en los cantos de Salomón, un drama lírico en el cual de acuerdo con la mayor parte de los críticos el amor puro de Zulamita por su prometido es exhibido como victorioso sobre las seducciones de Salomón y de su harem.

El resto de los libros poéticos del Antiguo Testamento pertenece a distinta categoría. El más grande nombre en la temprana proverbial sabiduría de Israel es el de Salomón y fuera de duda muchos de sus aforismos se encuen-

tran en el Libro de los Proverbios. Sin embargo no todo este libro es Salomónico, pues los dos últimos capítulos se adscriben a otros nombres. En verdad las diferentes secciones del libro son lo suficientemente variadas en color para hacernos patente que tenemos ante nosotros la esencia de la sabiduría de los siglos. El tipo fundamental de la filosofía hebrea permanece sin embargo incambiable aun en el Libro del Eclesiastés, el cual es de fecha posterior, largo tiempo después del destierro. De otra parte un fresco y creativo desenvolvimiento, tanto desde el punto de vista de la forma como del pensamiento se encuentra en el Libro de Job el cual, en una gran construcción dramática y con una admirable discriminación de caracteres en los varios personajes, sintetiza la totalidad de la especulación hebrea en la cuestión quemante de la religión del Antiguo Testamento, la relación de la aflicción con la Justicia y la bondad de Dios y el mérito y demérito personal del que sufre. Como las otras nobles partes del Antiguo Testamento, el Libro de Job es comparativamente de fecha temprana. Fue conocido de Jeremías y puede referirse plausiblemente al siglo VII antes de Cristo.

*

*

*

Libros Proféticos.— Las antiguas profecías de fecha cierta son del siglo VIII aunque hay la probabilidad de que Joel floreció en el siglo IX en el reino de Joas de Judah y que los versículos de Amos son tomados de este libro. De otra parte, la antigua escuela de Profecía, cuyos miembros de Samuel a Elisha fueron hombres de acción antes que de palabras, no dejaron, probablemente, detrás de sí, oráculos escritos. Los profetas hablaron generalmente bajo la inmediata influencia del Espíritu o "de la mano de Jehovah". Lo que ellos escribieron era secundario y sin duda grandemente abreviado. La más instructiva narración acerca de la actividad literaria de un profeta es dada en Jeremías XXXVI. Jeremías no principió a escribir hasta que él había tenido más de 20 años de profeta. Algunos libros proféticos, como el de Amos, parecen haber sido compuestos en un solo tiempo y con unidad de plan. Otros profetas, como Isaías, publicaron varios libros resumiendo porciones de su Ministerio. En uno o dos casos, especialmente en el

de Ezequiel, el profeta escribe oráculos que aparentemente nunca fueron pronunciados. Antes del destierro hubo circulación de libros proféticos individuales y los profetas primitivos citan de sus predecesores. Pero la tarea de coleccionar y editar los dichos de los profetas fue difícilmente emprendida antes del comienzo del segundo canon; y para esta época, sin duda, muchos escritos se habían perdido, otros eran más o menos fragmentarios y la tradición acerca de sus autores no era siempre completa.

*

*

*

Historia del Canon del Antiguo Testamento en la Iglesia Judía.— Con este título nos referimos a los puntos que conducen a la recepción del Antiguo Testamento por la Cristiandad. Estos son principalmente dos: 1º— La historia del texto hebreo que ahora poseemos sólo en la revisión crítica hecha por los Escribas —Judíos en un tiempo posterior a la era cristiana, 2º— La historia de estas versiones que han influenciado el cristianismo.

Versión Judía.— Las versiones del Antiguo Testamento llegaron a ser necesarias en parte porque los Judíos de la Dispersión Occidental adoptaron el lenguaje griego y en segundo lugar porque aun en la Palestina el antiguo hebreo fue gradualmente suplantado por el Aramaico. El principal asiento de los judíos helénicos estuvo en Egipto y aquí se verificó la versión Alejandrina comunmente conocida como la septuaginta o versión de los Setenta, procedente de una narración de que fue compuesta, con circunstancias excepcionales y milagrosas por setenta y dos eruditos palestinos, citados a Egipto por Tolomeo Filadelfo. En realidad no cabe duda que la versión fue completada por diversos autores, en distintos tiempos. El conjunto es pobablemente anterior a la mitad del segundo siglo, antes de Cristo. La autoridad de la versión ha sido muy grande, su inspiración fue reconocida y sus interpretaciones ejercieron una gran influencia en el pensamiento judío y cristiano, aun cuando entre los judíos fue en una cierta medida desplazada por la versión del prosélito Aquila (segundo siglo de nuestra

era) que siguió con esclavizada exactitud la letra del texto hebreo.

*
* *

Nuevo Testamento.— Relación de la primitiva cristiandad con la literatura y actividad intelectual de la Epoca.

En la Literatura de Palestina del tiempo de Cristo se distinguen un elemento docto y otro popular. La clase docta, los Escribas, se empeñan en doble estructura de Halacha, o sea la tradición legal e inferencia, suplementando la ley del Pentateuco y de Haggada o exégesis fantástica, legendaria, ética o teosófica bajo la cual la dirección religiosa del Antiguo Testamento casi desaparece. La literatura popular del día parece haber sido principalmente apocalíptica. El pueblo jamás se cansaba de aquellas misteriosas revelaciones recubiertas de extraños símbolos y formas enigmáticas y las ponía en la boca de antiguos y beneméritos patriarcas los cuales las mantenían como visiones doradas de liberación y venganza en una forma que, por tosca y terrena, era también más palpable que las esperanzas espirituales de los antiguos profetas. Más allá de los límites de Palestina, el pensamiento tomó un campo más amplio. Al adoptar el lenguaje griego los judíos hellenistas habían quedado abiertos a las influencias de la especulación extranjera y de las escuelas de Alejandría cuyo más grande maestro, Filo, fue contemporáneo con la fundación del Cristianismo, había en gran medida cambiado la fe del Antiguo Testamento por un complicado sistema de especulaciones metafísico teológicas acerca del Ser Absoluto, de la Sabiduría Divina, del Verbo y cosas semejantes las cuales, con la ayuda de interpretaciones alegóricas, eran hechas para aparecer como la verdadera enseñanza de la Antigüedad hebrea. A estas corrientes de pensamiento, el Cristianismo primitivo enteramente absorbido en el gran hecho de la manifestación de Dios en Cristo Crucificado, resucitado y pronto a retornar en gloria fue por la mayor parte hostil. Con el espíritu de los Escribas Jesús abiertamente había unido su juicio. En la legal tradición de los ancianos el vio anulado el mandamiento de Dios. Era su misión no destruir sino llenar en una totalidad espiritual la enseñanza de la antigua dispensación y por ello él se vinculaba directamente a la

concepción profética de la Ley en el Deuteronomio. Y no sólo en su enseñanza ética pero en su personal sentido de unidad con el Padre y en la íntima conciencia de su misión mesiánica. Jesús estuvo directamente con el Antiguo Testamento, leyendo en los salmos y los Profetas, la directa e infalible imagen de su propia experiencia y obra de fundador del Reino espiritual de Dios. Así Jesús encontró sus primeros discípulos entre hombres que eran extraños a la cultura teológica del día, acariciando no otra literatura que el Antiguo Testamento que atestigua a Cristo y reclamando no otra sabiduría que la de conocerle. Al principio en verdad la Iglesia de Jerusalén estuvo contenta en expresar su nueva vida en simples ejercicios de fe y esperanza, sin ninguna tentativa a definir su relación con la dispensación pasada y sin romper con las ordenanzas legales del Templo. Pero la difusión del Cristianismo entre los gentiles compelió a los principios de la nueva Religión a medirse abiertamente con el Judaismo de los fariseos.



El pensamiento helenístico en la Iglesia.— La influencia de la Filosofía Helénica sobre el Cristianismo y en general la influencia del flotante espíritu de especulación que circulaba por esta época en los lugares de reunión del pensamiento oriental y occidental, fue en gran parte posterior al período del Nuevo Testamento. Sin embargo, la educación Alejandrina de un hombre como Apolos no podía dejar de dar color a sus predicaciones y en la Epístola a los Hebreos, cuyo autor, un hombre cercanamente afín a Pablo, no es un discípulo directo de Jesús, se ve que el reflejo teológico natural a la segunda generación, la cual no estaba inmediatamente bajo la poderosa influencia de la manifestación de Cristo, está afectado, en muchos puntos, por los puntos de vista Alejandrinos.

*

*

*

Motivos y origen de la Primera Literatura Cristiana.—

Hemos visto que las primitivas corrientes de la vida cristiana y de su pensamiento estaban en una relación secunda-

ria con la actividad intelectual del período. Los únicos libros en los cuales se inspiró la Iglesia Apostólica, larga y libremente, fueron los del Antiguo Testamento, y la tarea cristiana de proclamar el evangelio no fue al principio una tarea literaria. Los primeros escritos de la Cristiandad fueron, por lo tanto, de naturaleza ocasional. El cuidado de muchas Iglesias obligó a San Pablo a suplementar con epístolas sus esfuerzos personales en las cuales la discusión de cuestiones incidentales y la defensa enérgica de su evangelio contra los judaizantes es entrelazada con amplias aplicaciones de los principios fundamentales del evangelio a la total teoría y práctica de la vida cristiana. En aquellas epístolas y generalmente en la enseñanza de San Pablo y sus asociados, el pensamiento cristiano encontró su conveniente vehículo literario. La misión a los gentiles fue llevada en griego, porque este lenguaje era entendido de todos. Además de las apóstolas tenemos en el Nuevo Testamento un libro de la profecía cristiana y una cuenta de la historia del evangelio con una continuación del tercer evangelio en los Actos de los Apóstoles. El origen y la relación mutua de los evangelios forma al presente el campo de numerosas controversias que demandarían artículos separados.

Evangelios Sinópticos.— Los discípulos judíos se acostumbraron a retener la enseñanza oral de sus maestros con extraordinaria tenacidad y exactitud verbal; y así las palabras de Jesús pudieron transmitirse algún tiempo por la mera tradición oral. Pero ¿continuó enseñándose el evangelio sólo de una manera oral hasta que los actuales evangelios fueron escritos? O debemos suponer la existencia de anteriores escritos evangélicos que forman un lazo entre la tradición oral y las narraciones que poseemos? La más cercana evidencia externa acerca de este punto se da en el prólogo al Evangelio de San Lucas, el cual habla de muchos ensayos previos dirigidos a formar una historia evangélica, sobre la base de la tradición de testigos presenciales que habían seguido todo el curso del Ministerio de Cristo. Aparece de lo dicho que una considerable porción del Nuevo Testamento se forma con escritos no directamente apostólicos y un principal problema de criticismo es determinar la re-

lación de estos escritos, especialmente de los evangelios, con la enseñanza y tradición apostólica. Podemos decir de todos los libros del Nuevo Testamento que ellos son o directamente apostólicos o al menos que se hallan en inmediata dependencia de la genuina enseñanza apostólica, que ellos honestamente representan.

Los argumentos dirigidos por los modernos críticos contra la autenticidad de los libros del Nuevo Testamento no se fundan en evidencias o pruebas satisfactorias. Por el contrario, las evidencias externas están en favor de ellos y son tan fuertes como para no justificar ninguna duda sobre el particular. Hacia el siglo II, los cuatro Evangelios, los Actos de los Apóstoles, las Epístolas de San Pablo, de San Pedro, de San Juan, el libro de la Revelación se recibieron por las más separadas Iglesias con unanimidad.



Trasmisión y Difusión de la Biblia en la Iglesia Cristiana antes de la Invención de la Imprenta.— La rápida difusión del Cristianismo entre los Gentiles de Occidente hizo del Griego el Language Sagrado de la Cristiandad. No sólo es el griego el lenguaje del Nuevo Testamento, sino que fue empleado en la versión de los 70 del Antiguo Testamento, en la primera que circuló entre las Iglesias Gentiles más importantes. El Hebreo era casi desconocido aún de los cristianos eruditos y en realidad la doctrina corriente tanto judía como cristiana de la inspiración de los 70 y la sospecha de que el texto hebreo había sido falsificado por los judíos hizo aparecer como innecesario el estudio del original. Una más justa apreciación del valor de los estudios hebreos se formó por los dos eruditos más grandes del período patrístico, Orígenes y San Jerónimo. Pero la versión de los 70 continuó gozando de un lugar de autoridad en la Iglesia Oriental, y la Iglesia Latina aunque finalmente adoptó la traducción de San Jerónimo del hebreo en lugar de la antigua traducción del Griego, no fue conducida por este cambio a tomar ningún interés en un nuevo estudio del original.

Nuevo Testamento.— Las copias originales del Nuevo Testamento se escribieron probablemente en rollos de papiro y se deterioraron tanto por el uso frecuente que no se posee una noticia histórica de su existencia. Ellas fueron escritas en uncial o sea en grandes letras mayúsculas, sin división de palabras o puntuación, sin acentos y probablemente sin títulos. Las primitivas transcripciones comprendían sólo porciones del Nuevo Testamento, siendo frecuentemente copiados los evangelios. Aun después de que el canon quedó fijado, los manuscritos de todo el Nuevo Testamento y de la Biblia Griega fueron comparativamente raros. El orden de los diferentes libros no era fijo, pero las epístolas católicas generalmente seguían al libro de Los Actos. Puede también notarse que en los más antiguos manuscritos, la epístola a los Hebreos precede a las epístolas pastorales. Otro método para el uso más conveniente del Nuevo Testamento fue la división del texto en secciones de varias clases. Los Evangelios se dividieron por Ammonio de Alejandría (220 A/D) en capítulos cortos, para facilitar la comparación de los pasajes correspondientes de los diversos evangelios.

*

*

*

Versiones Latinas.—En la historia de las antiguas versiones latinas casi nada es cierto, salvo que se originaron en Africa, antes del tiempo de Tertuliano y que tomaron tales proteicas formas en las manos de los transcritores que hasta hoy es incierto si distintas versiones están incluídas bajo el nombre general de Antiguo Latín. San Jerónimo, en verdad, habla de las grandes variaciones entre copia y copia, pero San Agustín dice que "la Itala" debe preferirse a las otras interpretaciones latinas.

Ultimas versiones Occidentales.— En el Oeste como en el Este la desintegración del Imperio Romano se asoció con el levantamiento de los dialectos nacionales y el latín cesó de ser entendido por los legos. Pero la Iglesia Romana fue muy intensa en la preservación de su organización homogénea, su unidad visible de culto para permitir a las lenguas vulgares suplantar al antiguo lenguaje litúrgico y aun para permitir un servicio bilingüe. El uso de la Biblia en una for-

ma inteligible para el iletrado fue transferido de la esfera del culto público al de la instrucción privada, y para este último propósito las necesidades de la edad bárbara parecían demandar paráfrasis explanatorias, narraciones de la Biblia en ritmo más que el conocimiento literal de todas las Escrituras. Así que en la Iglesia Anglo-Sajona la versión poética de la Biblia por Cadmon data de 664 A.D. mientras que las primitivas traducciones en prosa de parte de la Biblia Latina (Evangelios, Salmos) no parecen ir más lejos del siglo VIII.

El Texto impreso.— Aun cuando la Biblia Latina fue el primer libro impreso, el texto original fue descuidado por algún tiempo. Los judíos de Italia abrieron el camino con varias ediciones de partes del Antiguo Testamento comenzando con el Salterio de 1475. La hermosa edición de Soncino —1488— fue la primera Biblia Hebrea completa y pronto seguida por la edición de Brescia, usada por Lutero (1494).

Texto impreso del Nuevo Testamento.— El Nuevo Testamento Griego fue impreso por primera vez en la Políglota Complutense (1514); pero una tardanza en la publicación capacitó a Froben de Basel invadir el mercado con una edición apresuradamente preparada por Erasmo tomada de varios Códigos recientes. En las siguientes ediciones se introdujeron muchos cambios, en parte de conformidad con el texto complutense y en la tercera edición un pasaje espurio apareció por primera vez.

Versiones recientes.— Las recientes versiones, subsiguientes a la invención de la imprenta y al revivido estudio de las lenguas originales demanda una palabra en conclusión. Nuevas versiones latinas naturalmente acompañaron muchas de las ediciones antiguas con el texto original. Así Erasmo hizo muchas correcciones a la Vulgata en su Testamento Griego, el Complutense da una versión interlineal de los 70, la Políglota de Génova y el Salterio de 1516 dan citas del hebreo y del caldeo. Aun con obras como éstas formuladas como ellas estaban por los eruditos dieron la apariencia de minar la autoridad de la Vulgata, y fue la Reforma, en su revolución contra la mera autoridad humana, que primero demandó la amplia circulación de las versiones ver-

náculos procedentes de las lenguas originales. Desde el tiempo de Lutero (Versión del Nuevo Testamento 1522, completada con la Biblia 1534) podemos distinguir cuatro clases de versiones.

1º—Versión adoptada por los Países o Iglesias Protestantes. Tales son la Biblia de Lutero en Alemania; la Biblia Holandesa de la Comisión del Synodo de Dort de 1637; la Biblia Francesa formada por las sucesivas revisiones Olive-tanas de 1535, la Biblia Danesa de 1550 basada en la re-visada de Lutero; la Sueca de 1541.

2º—Versiones que no ocuparon otro puesto que el de contribuciones privadas a la Exégesis Bíblica.

3º—Versiones Misionales.

4º—Versiones de la Iglesia Católica Romana. El Con-cilio de Trento declaró la Vulgata Versión auténtica y pro-hibió las interpretaciones de la Escritura que no estuviesen en conformidad con el consentimiento de los Padres de las Versiones Vernáculos sujetas a las restricciones como an-títodo de las Biblias Protestantes.— Otras versiones católi-co romanas deben su origen a las tendencias evangélicas dentro de la Iglesia. El Jansenismo en particular produjo la versión francesa De Sacy 1667 y estimuló además el estu-dio de la Escritura.

*

*

*

Orígenes de la Vulgata Latina.— A San Jerónimo lla-mado por la Iglesia Doctor Maximus in interpretandis sa-cris scripturis se debe un triple trabajo sobre ellas. Prime-ramente corrigió la versión latina del Salterio, según la edición griega corriente. Después corrigió el mismo Salterio y otros libros del Antiguo Testamento, según la edición hexaplar de Orígenes. Por último tradujo directamente del hebreo todos los libros del canon judío y del Arameo los li-bros de Tobías y Judit.

Autenticidad de la Vulgata.— Reproducimos lo que al respecto dice su Santidad Pío XII en su Encíclica Divino A-flante Spritu:

"Ni se figure nadie que este uso de los textos primi-tivos, obtenidos con el empleo de la crítica, se opone en mo-do alguno a la sabia prescripción del Concilio de Trento,

respecto de la Vulgata Latina. Documentalmente consta que los Padres del Concilio no sólo no rechazaban los textos primitivos sino que expresamente rogaron al Sumo Pontífice que, en bien de la Grey de Cristo, encomendada a Su Santidad, además de la edición de la Vulgata Latina cuidase de que la Santa Iglesia de Dios tuviera también por medio de él un código griego y otro hebreo, lo más correctos que pudiera ser. Y si por las dificultades de los tiempos y otros impedimentos no pudo entonces darse plena satisfacción a estos deseos, al presente, como lo esperamos, aunados los esfuerzos de todos los doctos católicos podrá mejor y más plenamente satisfacerse. Y el haber querido el Concilio Tridentino que la Vulgata fuese la versión "que todos usaren como auténtica", esto, como cualquiera ve sólo se refiere a la Iglesia Latina y a su uso público de la Escritura y en nada disminuye la autoridad y la fuerza de los textos originales. Pues ni se trataba entonces de los textos originales sino de las versiones latinas que en aquel tiempo corrían entre las cuales el Concilio con mucha razón decretó había de preferirse la que en la misma Iglesia había sido aprobada con el largo uso de tantos siglos. Por tanto esta precedente autoridad o como dicen autenticidad de la Vulgata, no fue establecida por el Concilio principalmente por razones críticas, sino más bien por su legítimo uso en la Iglesia ya de tantos siglos por el cual se demuestra que en las cosas de fe y costumbre está enteramente inmune de todo error, de modo que por testimonio y confirmación de la misma Iglesia puede aducirse con seguridad y sin peligro de error en las disputaciones, lecciones y sermones y, por tanto, no es una autenticidad primariamente crítica sino jurídica".

Versiones Españolas.— Las múltiples versiones españolas, ya totales, ya parciales de los libros sagrados son unas del texto latino de la Vulgata; otras de los textos originales. Las primeras contienen todos los libros, como hechas por los autores católicos, las segundas, como hechas por judíos o protestantes, sólo contienen los libros protocanónicos del Antiguo Testamento, es decir, aquellos cuyo texto hebreo ha llegado hasta nosotros, las de los judíos; o con los protocanónicos de uno y otro Testamento, las de protestantes.

En su Crónica General Alfonso X el Sabio incluyó la traducción de casi toda la Escritura hecha del Latín: Biblia Alfonsina.

Modificada la legislación eclesiástica, que desde el siglo XVI prohibía la lectura y por consiguiente la impresión de los libros santos en lengua vulgar, publicó el P. Felipe Scio, escolapio, la traducción española hecha del latín (Valencia 1791-1793) Don Félix Torres Amat, Canónigo entonces de Barcelona, dio a luz otra nueva versión de la Vulgata latina.

El año de 1947 salió a luz en la Biblioteca de Autores Cristianos la Sagrada Biblia, versión crítica sobre los textos hebreo y griego por el P. José María Bover S. I. y D. Francisco Cantera profesor de lengua hebrea en la Universidad Central de Madrid. En 1955 se ha publicado, por la Biblioteca de Autores Cristianos la Sagrada Biblia versión directa de las lenguas originales por Eino Nacar Fuster Canónigo lectoral de la S.I.C. de Salamanca y el P. Alberto Colunga O. P. Se han hecho hasta ahora seis ediciones.

Los Libros de la Biblia — Antiguo Testamento.

El Pentateuco — Génesis — Exodo — Levítico — Números y Deuteronomio.

Josué — Jueces — Rut — Samuel — Reyes.

Paralipómenos .— Esdras — Nehemías — Tobías — Judit — Ester.

Macabeos.

Libros Sapienciales.

Job.

Salmos — Proverbios — Eclesiastés — El Cantar de los Cantares — Sabiduría — Eclesiástico.

Libros proféticos — Isaías — Jeremías — Lamentaciones de Jeremías — Baruc — Ezequiel — Daniel — Oseas — Amos — Jonás — Miqueas — Nahum — Habacuc — Sofonías — Ageo — Zacarías.

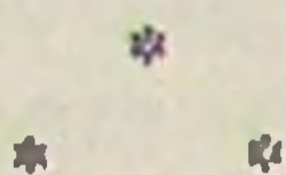
Nuevo Testamento.

Los cuatro Evangelios — Evangelio de San Mateo. San Marcos — San Lucas — Evangelio de San Juan.

Hechos de los Apóstoles.

Epístolas de San Pablo — Epístola a los Romanos — Epístola a los Corintios — Epístola a los Gálatas — Epístola a los Efesios — Epístola a los Filipenses — Epístola a los Colosenses — Epístola a los Tesalonicenses.

Epístolas Pastorales — Epístola a Timoteo — A Tito
A Filemón — A los Hebreos — Epístola de Santiago — Epís-
tolas de San Pedro — Epístolas de San Juan — Epístola de
San Judas — Apocalipsis.



La Biblia ha sido descrita como la expresión más ma-
jestuosa que existe en nuestra Literatura y el monumento
viviente más espiritual que hemos heredado. La historia de
su crecimiento, de su interpretación y de la manera como
ha llegado a penetrar en el sentimiento popular, es una his-
toria vibrante. El camino recorrido ha sido señalado por con-
flictos, persecuciones y martirios. Es un libro de origen
oriental, el más grande de los clásicos de Oriente, que repre-
senta pasados modos de vida y de pensamiento, diferentes
de los de Occidente. Sin embargo ha llegado a establecerse
como uno de los más elevados perfeccionamientos de la cul-
tura occidental, adentrándose en el corazón de nuestros po-
dres, influenciando sus esperanzas, sus acciones y las ma-
nifestaciones de su ingenio más profundamente que ningún
otro libro.

La Biblia no ha sido escrita como libro de historia. Sin
embargo constituye una de las fuentes históricas más ricas
y fidedignas, cuya autenticidad ha sido documentada por
los descubrimientos de la arqueología moderna. La Biblia
no es un libro de ciencia y ello no obstante contiene, en for-
ma dispersa e incidental, declaraciones que sorprenden por
su exactitud científica. No es un libro de Derecho ni de Ju-
risprudencia, pero contiene el código más inmutable de la
conducta humana. No es un libro de literatura y ello no obs-
tante es una de las más sublimes producciones literarias de
todo el mundo y de todos los tiempos.

El Célebre literato español Donoso Cortés en su discurs-
so referente a la Biblia como monumental composición li-
teraria se expresa así: "Hay un libro tesoro de un pueblo
que hoy es fábula y ludibrio de la tierra y que fue en tiem-
pos pasados estrella de oriente, a donde han ido a beber su
divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones
occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el se-
creto de levantar los corazones y de arrebatarse las almas con

sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, el libro por excelencia”.

“Para hablar de nuestra España, quién enseñó al maestro Fray Luis de León a ser sencillamente sublime? De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? Quién inspiraba a Rioja aquellas lúgubres lamentaciones llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mustios collados y sobre las ruinas de los imperios como un paño de luto? En cuál escuela aprendió Calderón a remontarse a las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? Quién puso en sus labios aquellas santas armonías y aquella vigorosa elocuencia y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas y aquellos arranques sublimes y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, o la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias”.

En su interesante libro “La Escuela de Yasnaya Poliana, León Tolstoy dice lo siguiente: “Aquellos que niegan la potencia educadora de la Biblia y van diciendo que ha acabado su tiempo, que inventen un libro parecido, relatos semejantes que expliquen los fenómenos de la naturaleza, de la historia de la imaginación, que se impongan como la Biblia; y convendremos entonces en que la Biblia ha acabado su tiempo. Vuelvo a decirlo, por convicción deducida quizá de una experiencia exclusiva que sin la Biblia en nuestra sociedad, como sin Homero en la sociedad griega el desenvolvimiento del niño y del hombre es imposible”.

Domingo Faustino Sarmiento tuvo también palabras de encomio para la Biblia. “La lectura de la Biblia, dice, echó los cimientos de la educación popular, que ha cambiado la faz de las naciones que la poseen; y últimamente, con la Biblia en la mano, y a causa de la Biblia, del libro primitivo, del libro padre de los libros, los emigrantes ingleses pasaron a América a fundar en el norte de nuestro con-

tinente, los Estados más poderosos del mundo porque son los más libres".

El estudio de la Biblia envuelve el de catorce o más siglos de la historia antigua: lleva al conocimiento narraciones, costumbres y leyes del hombre prehistórico; de la arqueología y de los monumentos; de la antropología y de la sociología; de las primitivas ideas sobre el universo; del pensamiento del hombre acerca de las cosas, cuya validez, en su manera de razonar, es diversa de la actual.

De acuerdo con ello, la Biblia tiene un triple valor: 1º Como base del Cristianismo; 2º Como literatura de la más noble estirpe; 3º Como fuente de diversas ramas de investigación.

Es el propósito de los estudios bíblicos desentrañar el espíritu de la Biblia y reincorporarlo en una forma que mantenga la armonía entre el conocimiento religioso y el conocimiento general de las verdades humanas, entre la Biblia y las mejores corrientes del pensamiento del día. Esto significa la investigación de la verdad.

La Biblia es el resultado de un largo desenvolvimiento en el curso del cual los documentos han sido reunidos, estudiados, confrontados, editados, y su última validez finalmente autorizada, incorporándolos en un canon. La historia de las religiones es un flujo y reflujo de opiniones, de hechos y de ideas; de decaimientos y de reviviscencias. La razón tiene la última palabra; y en el plano religioso aún la revelación y la inspiración son razonables en el sentido de que Dios se revela a sí mismo y nos inspira con su presencia, por manera que lo que llamamos sobrenatural o espiritual es una parte natural del Universo. Se ha sugerido frecuentemente que en ello puede haber una influencia inconsciente o mística. En efecto Einstein ha observado que los denodados trabajadores científicos son las gentes más profundamente religiosas y que la moderna especulación científica emerge de un profundo impulso religioso. La religiosidad cósmica es, anota este pensador, el más fuerte y el más noble resorte de la investigación científica y él confiesa ser un hombre profundamente religioso. Para no multiplicar citas basta referirse a lo que él ha llamado "La teoría de la Religión". La religión en general afirma o implica que Dios y el hombre se hallan en una relación antes de que el hombre mismo reconozca a Dios. Experiencias religiosas y místicas unen el hombre, el Universo y el Dios del Uni-

verso: hay una fundamental y última relación entre los tres, bien sea implícita, manifiesta o declarada.

No es posible desdeñar las cosas del espíritu. El tráfa-go de la vida diaria mantiene al hombre en contacto inmediato con las cosas materiales: su actividad es solicitada de modo persistente para la satisfacción de las necesidades elementales del organismo. Pero el hombre no podrá vivir nunca solo de pan. Necesidad tan imperiosa como la de satisfacer el hambre y la de mitigar la sed es la de perseguir desinteresadamente la belleza, la verdad, el bien buscado la realización de la ciencia, el arte, la moral. Vivimos en una sociedad que ha recorrido innúmeras etapas de desenvolvimiento. La observación superficial nos convence de que las cosas como se hallan hoy no son las que existían ayer: todo cambia en nuestro redor: todo se modifica. Las instituciones evolucionan: las ideas que rigen el mundo en el instante actual no son las mismas que regían anteriormente.

Hay una verdad substancial y permanente. Cómo dar con ella? Cómo encontrarla? Cuál es el instrumento de que disponemos para elevarnos a la plenitud del conocimiento? En el reinado de las cosas físicas, que hieren nuestros sentidos y producen múltiples manifestaciones sensoriales, los sentidos son el vehículo que nos pone en contacto con el mundo exterior. Pero, son de fiar nuestros sentidos, en los términos de la verdad absoluta? La ciencia se propone el conocimiento de la verdad, penetrar en el orden objetivo del universo. El campo propio de la ciencia es lo cognoscible y aspira a fijar el orden de causalidad de los fenómenos que constituyen el universo sensible.

Pero frente a este campo de lo cognoscible, existe otro que constituye un límite en constante anhelo y angustiosa expectación: es el campo de lo incognoscible, de lo que se encuentra más allá de la realidad fenoménica, que pone en actividad a nuestros sentidos. Este campo de lo incognoscible es del dominio propio de la religión, el campo propio de la creencia.

Después de los trabajos históricos, etnográficos y lingüísticos que se han realizado es imposible sostener que existan hoy día sobre la superficie de la tierra pueblos absolutamente desprovistos de religión. El sentimiento religioso es el compañero de la humanidad. Unos explican la existencia de ese sentimiento como una intuición misteriosa de una verdad suprasensible, por una adivinación de Dios;

otros lo explican como un error de la experiencia, a consecuencia de un falso camino seguido por la inteligencia humana.

Los progresos de la Ciencia son inmensos; pero mientras más avanza la extensión de nuestros conocimientos, el problema de lo incognoscible, la angustia metafísica perdura y se halla siempre en vigencia. Así estamos constituidos psicológicamente. Mientras más razonamos, más peligroso confiar en nuestros razonamientos. Con qué razonamos? Con el instrumento de nuestra inteligencia. Pero ocurre preguntar: nuestro conocer no viene a ser, dentro del tejido de fenómenos que constituyen la realidad que nos circunda, no viene a ser decimos otra cosa que un fenómeno más de los muchos que nos rodean y como tal sujeto a todas las contingencias, a todas las incertidumbres de los demás fenómenos en que se exterioriza la realidad? El fenómeno del conocimiento, realizado por nuestras facultades superiores, es un fenómeno como los demás; por lo tanto, su limitación y su falibilidad le son intrínsecas, como ocurre con los demás fenómenos de la naturaleza.

Y puestos en este plano y en este orden de ideas, no viene a ser una pretensión ultra trascendental de este fenómeno del conocimiento el constituirse en una condición privilegiada, relativamente a los demás fenómenos de la naturaleza, al atribuirse una infalibilidad en su realización, una como necesidad ontológica de su contenido? Siendo el fenómeno del conocimiento un fenómeno como los otros, podrá dictarles la ley de su realización, no fuera sino como forma de interpretarlos o explicarlos? Dónde se halla, para este fin, la garantía de la verdad y del acierto? No es pretensión ultra trascendental de este fenómeno el establecer la necesidad ontológica de los resultados del razonamiento subjetivo? La consecuencia de todas estas inquietudes espirituales es la desconfianza en nuestra razón, como suprema ordenadora de las síntesis finales. Su imperio subsiste mientras se ejerce sobre los fenómenos inmediatos: decrece cuando se alejan las fronteras de los fenómenos, hacia la bruma de lo metafísico, hacia lo que está más distante de nuestras experiencias. Hay un problema universal, encarnado en la eternidad de los siglos que pasan, de los tiempos que desfilan. Todo el trabajo de la civilización es resolver ese problema y vale decir que contemplamos la deficiencia o la ineficacia de todo lo que se ha ideado con ese objeto.

Esto nos lleva a volver a las fuentes antiguas en que se abrevó la humanidad para aliviar esas inquietudes.

Hay pocas posibilidades de que la investigación de las verdades absolutas nos conduzca a la quietud espiritual: las hay mayores de perderla para el que la haya poseído. La razón de las religiones se halla en la limitación de la ciencia y en la angustia metafísica que ella origina. Se vuelve evidente la deficiencia de las creaciones del progreso para la solución del problema universal, derivándose de allí la necesidad de volver a las fuentes del consejo mesiánico para el aquietamiento del espíritu.

La religión es lo que más ayuda a la comprensión de sí mismo y del Universo. Fuera de ella los enigmas se multiplican. Cada nuevo invento, cada nueva conquista de la ciencia, lejos de resolver el gran enigma del hombre y de las cosas alejan más y más las fronteras de lo cognoscible.

Podrá decirse que la religión está llena de misterios. Pero, es que desaparecen los misterios fuera de la religión?

"Porque la humanidad será siempre seria, creyente, religiosa; la ligereza que nada cree nunca ocupará el primer lugar en los destinos humanos", dice Renán en *El Porvenir de la Ciencia*.

Toda indagación acerca del origen del sentimiento religioso nace de una hipótesis y de una fe. Faltando esa fe, la hipótesis queda en el vacío.

La Religión es un poema metafísico acompañado de creencias. El resultado a que se llegue depende de nuestra fe: si ella no existe, toda indagación es efímera, frágil, que puede ostentar en ocasiones los atributos de la dialéctica, pero de una dialéctica de estructura, de razonamiento, que puede sucumbir fácilmente ante otros razonamientos. "La Religión es por decirlo así un lenguaje por medio del cual los hombres han procurado traducir una misma aspiración interior, dice Guyau, hacerse comprender del gran ser desconocido; si sus labios y sus inteligencias los han traicionado; si la diversidad y desigualdad de cultos es comparable a la diversidad y desigualdad de las lenguas, esto no evita que en el fondo el verdadero principio y el objeto verdadero de todos estos cultos y de todas estas lenguas no sean más que uno". (Guyeau — *La irreligión del porvenir*).

Max Muller, ensayando determinar lo que son las religiones, toma como tipo del sentimiento religioso el que ofrece la India. Contempla su aspecto físico. Ante la pre-

sencia de sus grandes montañas cubiertas de nieve; de escos ríos inmensos con sus cascadas retumbantes; del océano donde se pierde la mirada, el hindú se sentía anonadado delante de cosas que él no podía tocar ni comprender más que a medias. Es pues en el dominio de lo semitangible de donde el hindú toma sus divinidades.

Al querer determinar el origen de la Religión o más propiamente hablando el origen del sentimiento religioso, partimos en ocasiones de hacer raciocinar y pensar al hombre primitivo como nosotros nos imaginamos que debió haber pensado y raciocinado. Se eslabonan ideas y sentimientos según una gradación que hoy la encontramos verdadera y justa. Pero qué garantía podemos ofrecer de que las cosas hayan ocurrido así? La imagen del hombre primitivo, como nosotros la concebimos, es una imagen nuestra, desprendida dirémoslo así, de nuestro mundo subjetivo; pero no lleva la garantía objetiva de que en verdad haya sido así el hombre primitivo.

Quien sabe si nuestra metafísica y nuestra teología serán a lo que la ciencia racional revelara un día lo que el cosmos de Anaxímenes era al Cosmos de Hershell o de Humboldt.

La doctrina de Spencer funda la legitimidad de las religiones en un postulado dialéctico que podría expresarse así: por ley del entendimiento, frente a lo cognoscible existe lo incongnoscible, como frente a lo singular existe lo plural. Sin desconocer la validez de ese fundamento lógico, yo pienso hay otra fuerza más poderosa que la dialéctica en el fondo de nuestro ser; es el principio de unidad, el espíritu creativo que rebasa sobre todo análisis. Es este un hecho de conciencia superior a todo razonamiento: adquiere forma en las religiones, a las cuales sirve de cimiento y de sostén.



La Biblia es la base del Cristianismo. El Cristiano encuentra en ella al Dios que se ha revelado en la historia en relación personal con los hombres. Es esta la convicción que ha sido evocada, sostenida y repetidamente confirmada por experiencia personal. El Cristianismo es el resultado de un largo desenvolvimiento proveniente de las páginas de

la Biblia y de la historia de la Iglesia. Este desenvolvimiento, cuando comparado con la historia de otras religiones demuestra impresionante significación. Ninguna otra religión ha sido tan indagadora de las causas metafísicas y tan rica en la exposición de todo lo que se refiere al hombre y al Universo.

Cuando decimos que la Biblia es la palabra de Dios dice Stanley Cook, no queremos referirnos a cada versículo o pasaje. Es más bien la afirmación de que encontramos a Dios en sus páginas y detrás de ellas, como el Cristianismo es algo que se encuentra detrás de la expresión verbal de su credo, de su doctrina y de su dogma. El más santo de los individuos no es santo en cada momento de su vida; pero su carácter y su modo general de vida y pensamiento le dan título para llamarlo así. Tal ocurre con la Biblia, la cual nos conmueve y nos impresiona por el espíritu que prevalece y domina en ella.

La Biblia tiene un miraje del mundo y ocupa un lugar en la evolución del pensamiento. Aunque la historia de ello es la de su época, su pasado, puede colocarse dentro del nuevo marco, nos da el conocimiento de nuestra raza y nosotros podemos participar en el espíritu que informa su contenido. De aquí que el tratamiento crítico de la historia, es indispensable para informarnos de su significado; nos da una dinámica concepción de la Biblia y de los cambios que afecta su crecimiento. Por lo cual debe ponderarse que sin embargo de que muchas de nuestras opiniones acerca de su contenido puedan requerir modificación y reajuste, la esencia del espíritu de la Biblia se altera poco: no es el verdadero valor religioso y devocional el que se afecta; el cuerpo completo se conserva inmanente, la corteza de la almendra, dirémoslo así, es lo que realiza un reajuste posterior.

La investigación científica ha llevado al reconocimiento de la energía fundamental, manifestada en multiplicidad de formas que constituye el objeto de la ciencia. La Religión a su vez reconoce la directa o indirecta actuación del Poder Divino en el Universo. La energía se manifiesta en el mundo externo, en la naturaleza y también en el hombre cuando actúa y piensa y aun cuando piensa en el plano religioso. Y mientras encontramos orden y ley en la naturaleza —de otro modo no podríamos vivir ni aprovechar de ella como lo hacemos— así la función de la religión es la de inspirar y ordenar maneras de vida y de pensamiento en armonía

con sus básicas convicciones las cuales refiérense a la última Energía o Espíritu, el Supremo Dios del Universo.

Son visibles en nuestra época los efectos de los planes destructivos, fanáticos, intolerantes e irracionales de los hombres. Las mentes están consagradas con incansable celo a los planes destructivos en lo científico, social, político y otras actividades; y aun los esfuerzos para incorporar los principios fundamentales de la vida en la religión, la teología y la filosofía son muchas veces estrechos en sus fundamentos como restringidos en su alcance. Tiempos difíciles se extienden adelante de nosotros con cuestiones controvertidas que no pueden fijarse racionalmente ni por la fuerza ni por el poder. Para entender lo que la humanidad ha sido en el pasado, debemos volver a la Biblia, interpretada a la luz del moderno conocimiento.

Para terminar esta somera exposición, citaré las palabras del renombrado escritor Werner Keller, que se hallan en su obra "Y la Biblia tenía Razón", obra en que se demuestra que la verdad histórica se halla comprobada por las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en 1950 por los profesores franceses Perrot y Schaeffer en las ciudades de Mari y Ugarit, en el Eufrates Medio. Las tablillas con caracteres cuneiformes encontradas en esa región contienen nombres bíblicos, que han hecho que las narraciones de los Patriarcas tenidas hasta entonces como leyendas pías pasen de improviso a ser enmarcadas en una época histórica. En Ugarit, junto al Mediterráneo, habían salido a luz por primera vez los testimonios del culto de Baal profesado por los Cananeos. La casualidad quiso que aquel mismo año se descubriese un rollo del libro del profeta Isaías en una cueva del Mar Muerto, al cual se le atribuyó una fecha anterior a la Era Cristiana. Estas noticias verdaderamente sensacionales despertaron en Werner Keller el deseo de dedicarse con asiduidad al estudio de la arqueología bíblica, y como resultado de ello hace esta afirmación: "No hay libro alguno en la historia de la humanidad que haya ejercido influencia tan grande y decisiva en el desarrollo de todo el mundo occidental como "el Libro de los Libros" la Biblia. Traducido a 1.120 idiomas y dialectos, hoy, al cabo de dos milenios, no parece dar señales de haber terminado su brillante carrera".